

¿ES CIERTO
QUE EL
AMOR LO
CAMBIA TODO?

TUDO

TUDO

NICOLA  YOON

www.

literaturasm
.com



Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Patrycja Jurkowska
Coordinación gráfica: Lara Peces
Diseño de cubierta: Sergio Jiménez
Ilustraciones interiores: David Yoon

Publicado por acuerdo con Rights People, Londres.

Título original: *Everything, Everything*
Traducción: Xohana Bastida

Publicado en Estados Unidos por Delacorte Press,
un sello de Random House Children's Books,
una división de Random House LLC
dentro de Penguin Random House Company,
Nueva York. Todos los derechos reservados.
Delacorte Press es un sello editorial y su colofón
es una marca registrada de Random House LLC.

- © de la traducción al inglés de *The Little Prince*
de Antoine de Saint-Exupéry: Richard Howard, 2000.
Publicado con permiso de Houghton Mifflin Harcourt
Publishing Company. Todos los derechos reservados.
- © de la ilustración de *The Little Prince*
de Antoine de Saint-Exupéry: Consuelo de Saint-Exupéry, 1971
- © del texto: Alloy Entertainment y Nicola Yoon, 2014
- © de esta edición en castellano: Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mi marido, David Yoon,
que me enseñó mi corazón.*

*Y para mi listísima y preciosa hija Penny,
que lo hizo más grande.*

LA HABITACIÓN BLANCA

HE LEÍDO más libros que tú. Por muchos que hayas leído, yo he leído más. Créeme. He tenido tiempo para hacerlo.

En mi habitación blanca de paredes blancas, con estanterías de un blanco reluciente, los libros le dan la única nota de color. Son todos nuevos, de tapa dura; los de bolsillo, usados y llenos de gérmenes, no son para mí. Los míos llegan desde fuera, esterilizados y envasados al vacío en bolsas transparentes. Me gustaría ver la máquina que los envuelve así. Me los imagino avanzando por una cinta transportadora blanca hacia un centro de manipulado también blanco, donde unos brazos robóticos los sacuden, los frotan y los rocían con sustancias desinfectantes hasta que están lo bastante limpios para que yo los pueda tocar. Cada vez que me llega un libro nuevo, lo primero que hago es quitarle el envoltorio, un proceso en el que siempre intervienen unas tijeras y alguna que otra uña rota. Lo segundo que hago es escribir mi nombre en la primera página, donde suele venir el título.

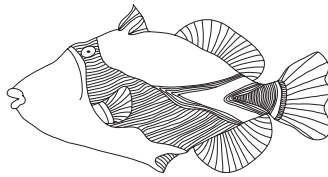
PROPIEDAD de Madeline Whittier

No sé por qué lo hago. Además de mí, aquí solo entran mi madre, que nunca lee, y Carla, mi enfermera, que no tiene tiempo para leer porque se pasa todo el día vigilando cómo respiro. Apenas vienen visitas, así que no hay nadie a quien pueda prestarle mis libros; nadie a quien necesite recordarle que ese libro olvidado que tiene en la estantería de su casa me pertenece a mí.

RECOMPENSA POR ENCONTRAR ESTE LIBRO
EN CASO DE EXTRAVÍO
(marcar los puntos pertinentes):

Esta es la sección que más tardo en completar, y hago una nueva para cada libro. A veces, las recompensas son muy originales:

- o Ir de picnic conmigo (Madeline) a una pradera llena de polen de amapolas, lirios e infinitos dientes de león bajo un cielo azul de verano.
- o Tomar el té conmigo (Madeline) en un faro situado en medio del océano Atlántico, en pleno huracán.
- o Bucear conmigo (Madeline) en las costas de la isla Molokini para ver el pez nacional de Hawái, llamado Humuhumunukunukuapua'a.



Otras veces, las recompensas no son tan originales:

- o Visitar conmigo (Madeline) una librería de segunda mano.
- o Pasear conmigo (Madeline) hasta la esquina del edificio y volver.
- o Hablar conmigo (Madeline) cara a cara en el sofá blanco de mi habitación blanca.

Otras, la recompensa es simplemente:

- o Yo (Madeline).

LA CÁRCEL DEL SCID

MI ENFERMEDAD es tan poco frecuente como famosa. Se trata de un caso grave de inmunodeficiencia combinada (o SCID, como la llaman en inglés). Pero seguramente os suene más esto: soy una niña burbuja.

En realidad, es bastante sencillo. Soy alérgica al mundo. Cualquier cosa puede provocarme una reacción severa: las sustancias que hay en el spray con el que han limpiado la mesa; el perfume que se ha puesto alguien; la especia exótica de ese plato que acabo de comer... Puede ser una de esas cosas, o todas al mismo tiempo, o ninguna, o cualquier otra. Nadie sabe qué activa mi alergia, pero todos conocen las consecuencias. Mi madre dice que, cuando era pequeña, estuve a punto de morirme. Así que tengo que quedarme en la cárcel del SCID como si estuviera condenada a cadena perpetua. Nunca salgo de casa. No lo he hecho en diecisiete años.

REGISTRO
DIARIO
DE SALUD

Madeline Whittier

NOMBRE DEL PACIENTE

2 de mayo

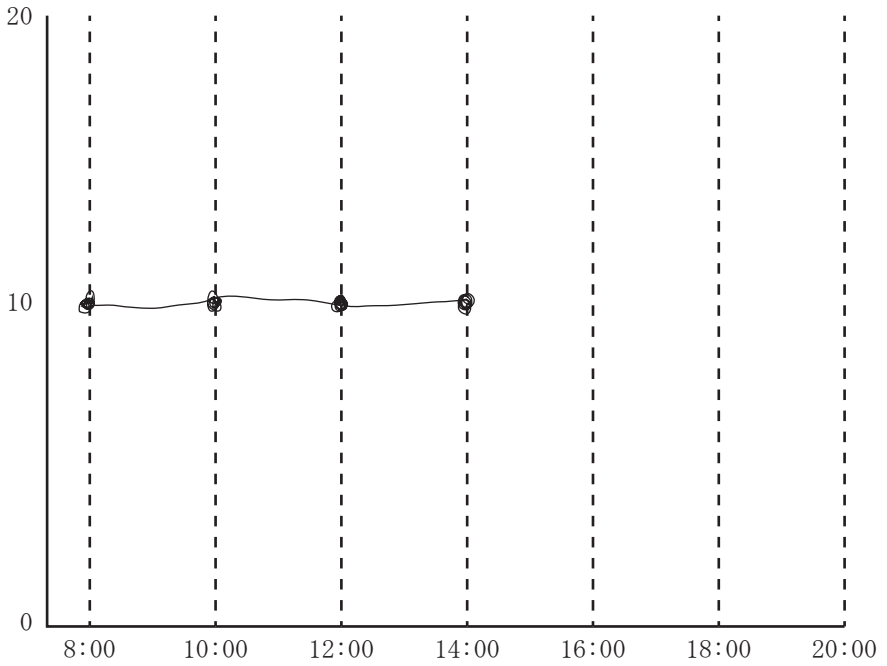
FECHA

Dra. Pauline Whittier

RESPONSABLE

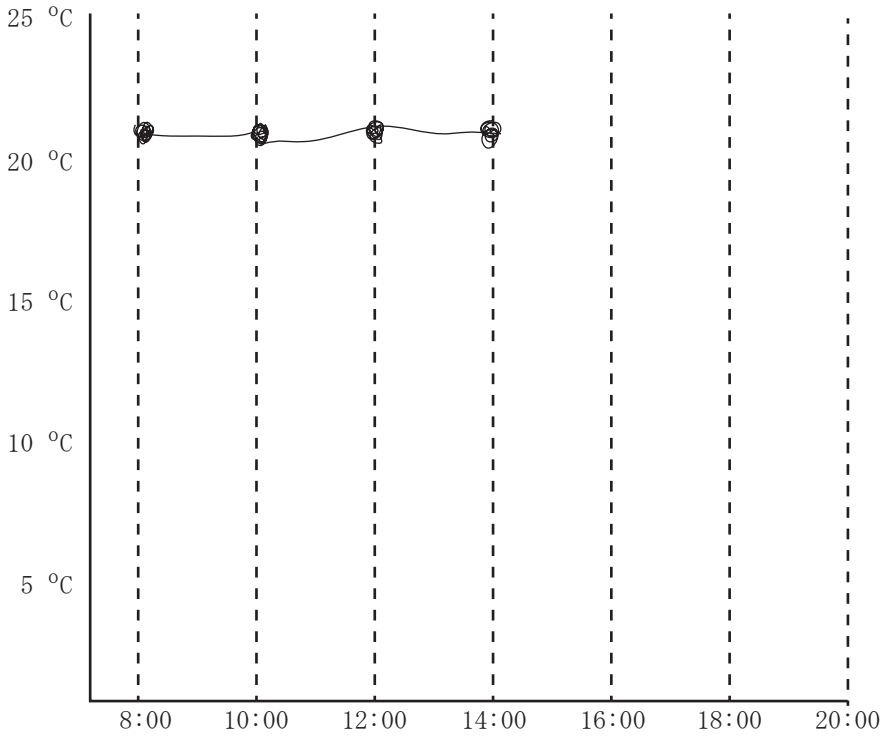
0002921

RESPIRACIONES POR MINUTO



0002921

TEMPERATURA DE LA HABITACIÓN



0002921

COMPROBACIÓN DE LOS FILTROS DE AIRE

8:00	OK
9:00	OK
10:00	OK
11:00	OK
12:00	OK
13:00	OK
14:00	OK
15:00	
16:00	
17:00	
18:00	
19:00	
20:00	

0002921

DSEO D KMPLEAÑS

—¿PELÍCULA, PICTIONARY MAGNÁNIMO o club de lectura?
—me pregunta mi madre mientras me coloca el brazalete para tomarme la tensión.

No menciona la actividad que más le gusta de todas las que solemos hacer después de cenar: el Intellect Instantáneo. Levanto la mirada y veo un brillo pícaro en sus ojos.

—Intellect Instantáneo —respondo.

Mi madre se detiene, con el brazalete a medio inflar. Normalmente es Carla, la enfermera que cuida de mí, quien me toma la tensión y rellena mi registro diario de salud, pero hoy mi madre le ha dado el día libre. Es mi cumpleaños; siempre lo pasamos las dos juntas, sin nadie más.

Se coloca el estetoscopio para escuchar los latidos de mi corazón. Su sonrisa se desvanece, reemplazada por su expresión de médica. Esta es la cara que suelen ver sus pacientes: ligeramente distante, profesional y concentrada en su tarea. Me pregunto si les resultará tranquilizadora...

Me dejo llevar por un impulso y le doy un beso rápido en la frente: quiero recordarle que solo soy yo, su paciente favorita, su hija.

Ella abre los ojos, sonrío y me acaricia la mejilla. Supongo que, ya que he nacido con una enfermedad que requiere cuidados constantes, es una suerte que mi madre forme parte del gremio.

Unos segundos más tarde, me dedica su mejor cara de «metemo-que-tengo-malas-noticias-para-ti».

–Hoy es tu gran día. ¿Por qué no jugamos a algo en lo que tengas alguna posibilidad de ganarme? Al Pictionary Magnánimo, por ejemplo.

Como hacen falta más de dos jugadores para el Pictionary normal, hace tiempo que nos inventamos la variedad magnánima: mientras una dibuja, la otra hace todo lo posible por adivinar qué es. Si acierta, la adversaria gana un punto.

La miro con los ojos entrecerrados.

–Vamos a jugar al Intellect Instantáneo, y esta vez pienso ganarte –replico como si me creyera lo que digo, aunque en realidad sé que no tengo nada que hacer.

En todos los años que llevamos jugando al II (como nos gusta abreviarlo), jamás he conseguido derrotarla. La última vez estuve a punto, pero me machacó en la última jugada con un KMPLEAÑS que pillaba una casilla triple.

–Muy bien –se ríe ella, meneando la cabeza como si se apenara por mí–. Lo que tú digas –añade, y luego vuelve a cerrar los ojos para concentrarse en los sonidos del estetoscopio.

Nos pasamos el resto de la mañana preparando mi tarta tradicional de cumpleaños: bizcocho de vainilla con cobertura de vainilla. Cuando la base se enfría, le aplico una capa de crema ridículamente fina, lo justo para cubrir la tarta. Las dos preferimos el bizcocho a la cobertura. Con la manga pastelera, decoro la parte de arriba con dieciocho margaritas de pétalos blancos y centros blancos. En los lados dibujo una sucesión de cortinajes blancos.

–Está perfecta –dice mi madre, observando por encima de mi hombro cómo le doy los últimos retoques–. Tan perfecta como tú.

Me vuelvo para mirarla. En su cara aparece una amplia sonrisa teñida de orgullo. Sus ojos, sin embargo, están brillantes por las lágrimas.

–Eres. Una. Llorona –le digo mientras le echo un pegote de crema en la nariz, y ella suelta una carcajada lacrimosa.

En realidad no suele ponerse tan dramática, pero hay algo en mis cumpleaños que la pone triste y alegre al mismo tiempo. Y si ella se pone así, yo me pongo así también.

–Lo sé –responde alzando las manos en un gesto de impotencia–. Soy patética.

Baja los brazos, me abraza y me aprieta fuerte. Tanto que el grumo de cobertura se me pega en el pelo.

De todos los días del año, es en mi cumpleaños cuando más conscientes somos de mi enfermedad. Supongo que es porque ese día marca el paso del tiempo. Un año más encerrada, sin perspectivas de cura en el horizonte. Un año más en el que me he perdido todas esas cosas que hacen los adolescentes normales: el carné de conducir, el primer beso, el baile de fin de curso, la primera ruptura, el primer rayón en el coche... Un año más en el que la vida de mi madre se ha limitado a trabajar y a cuidar de mí. Cualquier otro día del año, es fácil –más fácil, al menos– ignorar estas omisiones.

Este año se nos hace un poco más cuesta arriba todavía. Quizá sea porque cumplo dieciocho y técnicamente ya soy adulta. Tendría que estar a punto de marcharme a la universidad y mi madre debería estar lidiando con el síndrome del nido vacío. Pero el SCID no me deja ir a ninguna parte.

Más tarde, después de cenar, mi madre me regala una caja de acuarelas preciosa con la que llevo meses soñando. Vamos al salón y nos sentamos a lo indio frente a la mesita baja. Esto también forma parte de mis rituales de cumpleaños. Mamá enciende una sola vela en el centro de la tarta. Cierro los ojos, pienso un deseo y apago la vela de un soplido.

–¿Cuál ha sido tu deseo? –me pregunta ella en cuanto abro los ojos.

Solo hay una cosa que puedo desear: un remedio mágico que me deje correr libremente por ahí como un animal silvestre. Pero nunca lo pido porque sé que es imposible, como desear que las sirenas y los dragones existan de verdad. En vez de eso, suelo pedir cosas más realistas, cosas que no nos pongan tan tristes.

–Que haya paz en el mundo –contesto.

Tres pedazos de tarta más tarde, empezamos otra partida al Intellect Instantáneo. Tampoco gano esta vez. Ni siquiera me acerco.

Mi madre usa sus siete letras para formar EXAGNA y lo pega a una L que está libre. EXAGNAL.

–¡Eh, no vale! –protesto.

–¿Cómo que no? ¡Está claro que es HEXAGONAL! –replika ella lanzándome una mirada traviesa.

–Pero tendrías que haber puesto la H en lugar de la E. Podemos saltarnos las letras que no se pronuncian, pero no hay que cometer faltas de ortografía.

–Claro, pero la H no se pronuncia, ¿no?

–Mamá, eso es trampa y lo sabes.

–¡Pero si es que es verdad! –insiste–. Nada, nada. Te digo yo que vale.

Meneo la cabeza.

–La palabra se lee perfectamente escrita así –remacha ella.

–Mira que eres cabezona... –suspiro, y levanto los brazos dándome por vencida–. Venga, vale. Apúntatela.

–¡Síiiiiiii! –exclama ella haciendo un gesto victorioso con el puño.

Sin dejar de reír, mi madre cuenta los puntos, que suman una cantidad astronómica. Ni en sueños podría alcanzarla.

–¿Sabes qué? –me dice–. Nunca has llegado a entender cómo va este juego. En realidad, se trata de un juego de persuasión.

Me sirvo otro pedazo de tarta.

–Eso no ha sido persuasión –replico–. Ha sido trampa.

–Me da igual que me da lo mismo –responde ella, y las dos nos echamos a reír–. Tranquila, ya me ganarás mañana al Pictionary Magnánimo.

Cuando termino de perder la partida, nos vamos al sofá para ver nuestra película favorita: *El jovencito Frankenstein*. Otra parte de nuestro ritual de cumpleaños. Apoyo la cabeza en el regazo de mi madre y ella me acaricia el pelo mientras las dos nos reímos de chistes que llevan años haciéndonos gracia. Con todo, no está tan mal cumplir dieciocho años.

TODO SIGUE IGUAL

CUANDO CARLA llega a la mañana siguiente, yo estoy leyendo en mi sofá blanco.

–Feliz cumpleaños –me dice en español con su tono cantarín. Bajo el libro.

–Gracias –le contesto.

–¿Y qué tal la celebración? –me pregunta mientras empieza a sacar el instrumental médico de su maletín.

–Divertida.

–¿Bizcocho de vainilla con cobertura de vainilla?

–Claro.

–¿*El jovencito Frankenstein*?

–Eso es.

–Y perdiste la partida al juego ese, ¿no?

–Somos muy predecibles, ¿verdad?

–No me hagas caso –responde riéndose–. Lo que pasa es que estoy celosa de lo bien que os lleváis las dos.

Recoge el registro de ayer, revisa rápidamente las anotaciones de mi madre y luego coloca una hoja nueva en la tablilla.

–Últimamente, Rosa no se molesta ni en darme los buenos días.

Rosa es la hija de Carla. Tiene diecisiete años. Según Carla, estuvieron muy unidas hasta que las hormonas y los chicos le sorbieron el seso a su niña. No me imagino que eso nos pueda ocurrir a mi madre y a mí.

Carla se sienta a mi lado en el sofá, y yo levanto el brazo para que me tome la tensión. Sus ojos se posan en mi libro.

–¿Otra vez *Flores para Algernon*? Pero si ese libro te hace llorar cada vez que lo lees...

–Algún día dejará de hacerlo. Y ese día quiero que me pille leyéndolo –replico.

Ella pone los ojos en blanco y me agarra la mano.

Lo he dicho medio en broma, pero de pronto me pregunto si será verdad.

A lo mejor, en el fondo, tengo la esperanza de que algún día las cosas cambien.